

**ACTO SOLEMNE DE INSTALACION DE LA
ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS ECONOMICAS**

**Discurso del Dr. Jaime Lusinchi
Presidente de la República**

Con especial complacencia acepté la invitación para clausurar este Acto Solemne de Instalación de la Academia Nacional de Ciencias Económicas.

Recuerdo con satisfacción que el Proyecto de Ley de Creación de esta Academia contó con mi respaldo más entusiasta cuando estaba en el Congreso, porque he tenido siempre el convencimiento de que es perentorio promover la investigación en todas sus manifestaciones como elemento fundamental para impulsar el desarrollo del país, de acuerdo con las exigencias y necesidades que dicta nuestra propia realidad.

Esta afirmación, cuya validez en el plano mundial y particularmente, en los países desarrollados resulta indiscutible, adquiere aún mayor relevancia en el caso de países en desarrollo como el nuestro.

Ciertamente, hemos logrado avances en la conformación de una estructura que permite ahora una participación más activa e influyente de las Academias Nacionales en la común responsabilidad de enfrentar los desafíos del presente y del futuro en tiempos cada vez más comprometidos.

Siempre he sido de opinión que las Academias Nacio-

nales, por lo elevado de sus finalidades, por lo selecto de su integración y por agrupar las figuras más estudiosas y destacadas de nuestro pensamiento humanístico y científico, están llamadas a prestar un apoyo importante al país a través de investigaciones y orientaciones que fortifiquen la capacidad de definición de políticos y de soluciones a los problemas nacionales.

Este apoyo resulta necesario si se toma en cuenta que muchos de los tropiezos que hoy confrontamos se derivan en buena medida del empirismo, del exceso de improvisación y del enfoque desacertado que se ha dado al análisis y a la solución de graves problemas nacionales, desaprovechando la orientación que pueden proporcionar los valiosos equipos multidisciplinarios congregados en las Academias, de cuya experiencia y conocimientos está urgida Venezuela. Me he propuesto estimular un mayor acercamiento entre el mundo académico y los restantes sectores de la vida nacional, como parte del objetivo vital de enrumbar el país hacia mejores posibilidades y alcanzar metas más elevadas de cultura, prosperidad y justicia social.

La Academia Nacional de Ciencias que hoy instalamos, además de sus atribuciones generales de estimular y promover el desarrollo de las ciencias económicas, tiene la responsabilidad de contribuir al estudio de la economía venezolana y llevar a cabo una serie de funciones expresamente pautadas en su Ley, en cuyo cabal cumplimiento está interesado el Ejecutivo Nacional. Sus recomendaciones, que estoy seguro habrán de acometerse enmarcadas dentro de opiniones objetivas, racionalmente sustentadas y al margen de intereses parcializados, resultan fundamentales para encauzar cabalmente la política económica.

La instalación de esta Academia nos invita a formular algunas reflexiones y consideraciones de índole econó-

mica, en relación con nuestro país con su trayectoria y con su futuro.

La economía es, desde luego, tema dominante y de permanente preocupación para todos los que aspiramos a grandes y positivas transformaciones nacionales, que se traduzcan en un desarrollo armónico y autosostenido que beneficie a todos por igual y que fortalezca nuestras instituciones democráticas.

Hasta hace pocas décadas, Venezuela era un país predominante agrícola, insalubre, con altos índices de mortalidad y analfabetismo, carente de la más elemental infraestructura. Confrontábamos el problema de la decadencia de la agricultura tradicional de exportación y no veíamos manera de evitar su deterioro o sustituirla con otros renglones de producción, ya que el mercado interno era excesivamente reducido para el desarrollo de una actividad industrial de cierta significación. Contábamos, sin embargo, con el extraordinario potencial de la riqueza petrolera, pero no obteníamos adecuado provecho de esos recursos, ni teníamos idea clara de cómo invertirlos en las transformaciones económicas y sociales que tanto anhelábamos. Los textos de economía poco nos orientaban porque ninguno de ellos había sido escrito para un país atípico como Venezuela, caracterizado por inmensas riquezas extractivas y a su vez con marcada pobreza y subdesarrollo.

Por otra parte, se libraba en el país una violenta lucha de opiniones entre las fuerzas progresivas y las oligarquías aferradas a los sistemas tradicionalistas, que no conformes con defender sus privilegios defendían también con gran ahinco los del capital extranjero. Predominaba a nivel mundial una economía inspirada en los principios del liberalismo económico y fué después de la depresión de los años treinta cuando comenzó a admitirse la necesidad y

conveniencia de la intervención del Estado en la vida económica.

Mucho tiempo ha transcurrido y mucho ha evolucionado el pensamiento económico desde que en Venezuela se habló por primera vez de “sembrar el petróleo”, expresión que en esencia ha sido y será consigna de nuestra política económica. Con frecuencia nos preguntamos hasta qué punto hemos tenido éxito en la consecución de ese objetivo, cuya respuesta suscita profundas inquietudes e incertidumbre sobre el futuro del país.

En realidad, hemos logrado obtener grandes recursos de la riqueza extractiva y hemos logrado transformar una parte de ella en un acervo de inversiones nacionales, así como en el mejoramiento del capital humano. Muy distinta es la Venezuela de hoy día frente al esquema primitivo que la caracterizaba hace apenas pocos decenios. Hemos erradicado graves enfermedades del medio rural y centros poblados. Se ha reducido al mínimo el analfabetismo y hemos hecho considerables avances en el campo de la educación a todos sus niveles.

En el campo industrial, se ha cumplido un programa de sustitución de importación de bienes y servicios y se ha adelantado en la sustitución de bienes intermedios y de capital. Por mandato constitucional, se ha venido desarrollando una industria pesada básica bajo control estatal, dentro de la cual la siderúrgica y la del aluminio constituyen los ejemplos más relevantes. Por último, hemos hecho realidad el anhelo de nacionalizar nuestra industria extractiva y la hemos venido manejando exitosamente. Contamos, además, con un amplio sistema financiero y se han hecho adelantos en la modernización de las instituciones públicas y privadas.

Por otro lado, debemos admitir también desaciertos

y equivocaciones. Nuestro empeño de liberarnos de la mono-exportación petrolera ha sido relativamente frustrante si se toma en cuenta que mas del 95% de los ingresos de divisas que recibe el país provienen del sector petrolero. Poco exitosas han sido las políticas de fomento agropecuario, a tal punto que dependemos en altísimo grado de la importación de renglones alimenticios básicos para la dieta de la población. Además, el progresivo abandono del medio rural y la consecuente concentración de la población en centros urbanos ha venido acentuando los problemas de marginalidad social y de saturación de los servicios públicos fundamentales con su correspondiente secuela de pobreza, desempleo y delincuencia.

Nuestro crecimiento económico, medido en términos del Producto Territorial Bruto, que durante largos períodos mostró una vigorosa expansión, ha sido poco equitativo y justo en su distribución y no se ha dirigido en las proporciones requeridas hacia áreas prioritarias que permitieran lograr un racional autoabastecimiento de productos agropecuarios, ni para la diversificación de las exportaciones. El propio proceso de sustitución de importaciones ha resultado poco racional, al crearnos una alta dependencia de la importación de materias primas y artículos semimanufacturados para ser ensamblados localmente y al contemplar una producción limitada al Mercado Nacional en lugar de prever también escalas mayores de producción para los mercados externos.

Un aspecto grave y preocupante radica en el hecho conocido de que durante los últimos años el Producto Territorial Bruto se ha mantenido prácticamente estacionario, situación que al relacionarla con el crecimiento de la población denota una baja en el ingreso y producto per cápita y un evidente empobrecimiento de la población.

En la actualidad, Venezuela atraviesa por una situa-

ción de crisis derivada en cierta medida del deterioro en el mercado petrolero pero en mayor medida por la improvisación, falta de previsión y el uso poco racional que se ha hecho del excedente de los recursos obtenidos en años de abundancia a lo cual se agrega el consiguiente debilitamiento de la confianza en nuestra economía, el retraimiento en las inversiones del sector privado y el alto endeudamiento externo. En realidad, el deterioro en el mercado petrolero ha sido significativo, pero la crisis se venía gestando desde hace varios años como lo demuestra el ya citado estancamiento del PTB, registrado prácticamente a lo largo de un lustro de crecientes ingresos de divisas y recaudaciones fiscales.

En efecto, contrario a la sana política de dedicar una creciente proporción de la riqueza extractiva hacia inversiones que nos independizaran de la misma, en los últimos años presenciamos un desbordamiento del gasto corriente y una contracción en la inversión. Además, muchas de las inversiones realizadas no eran más que bienes de consumo duradero que si bien satisfacían necesidades no estaban en capacidad de crear fuentes permanentes de producción y de empleo.

El gasto público no reproductivo, aunado a los altos ingresos ordinarios y extraordinarios de divisas, se volcó hacia el sector externo traduciéndose en un nivel inusitado de importaciones que abarcaba desde los renglones que habíamos producido siempre en el país, hasta los más exóticos y suntuarios.

El gasto público excesivo y mal aplicado creó congestión y cuellos de botella que resultaron costosos para la Nación y entorpecieron el proceso productivo. Vivíamos entonces en una ficticia prosperidad, en donde no se pensaba que el petróleo era un recurso agotable, que sus precios

que se deteriorarían y que la elevada deuda externa que contratábamos se pagaría con facilidad, y no pesaría sobre el futuro del país. Fue aquel un ambiente propicio para el facilismo y la corrupción.

Las dificultades por las que atraviesa el país son bien conocidas, especialmente por lo que respecta a la deuda externa. Para enfrentar estas dificultades en estos tiempos de crisis el Gobierno Nacional ha puesto en marcha una serie de medidas que se inspiran en principios de austeridad y eficiencia en el gasto público, pronta renegociación de la deuda externa, reducción de importaciones no prioritarias, utilización más racional de nuestros medios externos de pago, promoción del desarrollo industrial y agrícola capaz de sustituir las importaciones e incrementar las exportaciones no tradicionales, políticas tendientes a contrarrestar los efectos de la inflación y a compensar a los trabajadores frente al alza en el costo de la vida y, finalmente, una política cambiaria que culmine en la consecución de un tipo de cambio equilibrado que asegure una adecuada diversificación de la producción nacional.

No podemos olvidar que, a pesar de sus actuales problemas, el país cuenta con importantes recursos y riquezas naturales, además de un valioso capital humano que generalmente subestimamos. Para superar la crisis se requiere del esfuerzo y colaboración de todos los sectores, lo cual no es difícil lograr, porque los venezolanos hemos demostrado a través de la historia que somos grandes y tesoreros a la hora de la lucha y del sacrificio.

Estoy persuadido de la bondad del camino que hemos iniciado para comenzar a salir de las dificultades y a establecer las condiciones para que el esfuerzo mancomunado permita, en tiempo razonable, lograr resultados fecundos para asegurar un futuro de progreso sostenido, equilibrado

y justo, producto del trabajo creador y no de una riqueza fácil.

Senores Académicos:

Para concluir, quisiera sumarme al reconocimiento que esta noche se ha hecho a las personas que han contribuido a los estudios económicos en el país, a crear Facultades, Escuelas e Institutos de Economía y a la formación de profesionales de esa disciplina, comenzando por los fundadores de la Escuela Libre de Ciencias Económicas.

No podemos silenciar la labor del Banco Central de Venezuela por el impulso dado a los estudios económicos y por haberse constituido en semillero de profesionales de esa ciencia en las más variadas especialidades. A los Decanos de las primeras Facultades, así como de las actuales, conjuntamente con sus egresados son igualmente dignos de mención, así como también los compatriotas de variada formación académica que por inquietud venezolanista se han dedicado al estudio de esta ciencia para contribuir al análisis y solución de nuestros problemas.

Un pensamiento de John Maynard Keynes resulta oportuno para cerrar esta intervención.

“Las ideas de los economistas y los filósofos políticos, tanto cuando son correctas como cuando son equivocadas, son más poderosas de lo que comúnmente se cree... Los hombres prácticos, quienes se consideran exentos de influencias intelectuales, son ordinariamente esclavos de las ideas de algún economista fallecido”.

Concluyo con un cordial saludo a todos los economistas de Venezuela, dignamente representados en las personas de los Ilustres Miembros de esta Academia Nacional

de Ciencias Económicas, a la cual auguro grandes éxitos en sus importantes actividades y en las realizaciones que el país espera y demanda de ustedes.